

Miguel Hernández

A Arnoldo y Abelardo

«**C**areta» (negrísima de pelo y con manchas blancas en el hocico y la testuz) era mocha y menuda, de cuello fino y ubres alargadas. La «Azul» (de pelo azulado: en mi familia los pastores solíamos ser bautistas prudentes) una mañana enfermó de manera vertiginosa en un ejido cercano a la estación, comenzaron a chorrearle siniestras flores de espuma por su entreabierto hocico mientras desde sus ojos amarillos ella me restregaba su agonía con horrenda esperanza, y hube de correr al almacén del *Tío Malaño*, donde trabajaba mi padre: quien ya no pudo hacer otra cosa que degollarla para aprovecharle la carne. La «Leona» era la cabra más lechera de la piara; durante años mantuvo el récord de tres litros de leche diarios en los meses posteriores al parto. En invierno, cuando la busca de yerbajos era una aventura cotidiana y desesperada por su mediocre resultado (alguna raíz, cardos, escasas bocanadas de grama en los barbechos, desperdicios en la umbría de los pareazos), mi padre solía poner en cada pesebre un puñado de yeros entre la paja de trigo o de avena, pero a la «Leona» se los daba aproximándoselos con sus manos. Veo a mi padre limpiándose después la baba de la «Leona» en los costados de su *mono* de faena, satisfecho y afectuoso con el viejo animal. La «Leona» envejecía, pero el amor de la familia por aquella meticulosa productora, cuyas costillas no se cubrían de carnes ni durante los cinco meses de embarazo, postergaba su sacrificio. Al fin, ya vieja y lenta, medio ciega, casi seca y cada vez más dependiente del calor del pastor (cuando me quedaba rezagado en el Camino Real, mientras el resto del ganado continuaba avanzando hacia el pueblo, ella clavaba sus cuatro patas en el polvo o el barro, volvía el cuello mirándome y balaba), los hábitos a la vez inmisericordes y naturales del pastoreo nos obligaron a llevarla a la casa del carnicero, que estaba en nuestra misma calle. Mi padre y yo echamos a andar camino de la carnicería y la «Leona» nos siguió con su terrible masedumbre, mientras mi madre nos veía alejarnos desde la puerta de nuestra casa de la calle de Asia, limpiándose dos o tres lágrimas de amor. Creo que nos dieron ocho duros por la anciana «Leona», que fueron íntegros a las manos casi siempre vacías de mamá. Posiblemente sirvieron para comprar yeros. Las cabras que la edad o un mal parto convertían en inútiles eran vendidas y degolladas, para con su produc-

to seguir alimentando a las lecheras. En la época de partos —el invierno— sólo se conservaban los chotos hembras. Los chotos machos vivían un par de meses antes de convertirse en mercancía de las carnicerías o en eventuales fiestas para agasajo de algún lejano familiar que viniera de visita hasta el pueblo. La degollación duraba unos minutos; poníamos una cazuela de barro bajo el chorro de sangre que brotaba del cuello del choto y sobre la sangre de la cazuela hacíamos una cruz con dos pajas para que esa sangre no se cortara. Luego mi padre desollaba al choto, despegando el pellejo con los nudillos de su puño derecho. Durante algunos años, todos estos animales infantiles que tuvieron la desgracia de nacer machos y en una tierra que no consentía criarlos para el engorde, porque sólo en parte de la primavera, en verano y en parte del otoño les proporcionaba alimento, fueron nietos de la «Leona»; ella era la madre del macho semental. Era menudo y duro, valiente en las peleas hasta sangrarle la mocha testuz, increíblemente viril en épocas de celo, con un olor a semental que llenaba la cuadra como llena la alacena el olor del membrillo. En épocas de parto había ocasiones en que mi hermano Julio y yo traíamos dos o tres chotos en un sólo día, agarrándolos por las patas delanteras o arrojándolos en el zurrón; las madres nos seguían balando, lamiendo la barriga y el lomo de sus crías.

Mientras los años pasan asesinándonos a todos con su mansa codicia, los recuerdos, como guardianas enigmáticos, desaparecen y vuelven a reaparecer, incapaces de dejarnos desnudos. Cuando me fui del pueblo y comencé a vivir en Madrid de un modo cada vez más estable fui olvidando hasta los nombres de aquellos animales, fui olvidando el sonido de sierra tierna de la rumia nocturna, el corretear de los chotos, el brote de los primeros verdes de abril en las cunetas y en las estrechas lindes de las hazas, el oleaje de los cebadales en junio, la fiesta verde de las cepas en agosto, las canciones de las vendimiadoras en el mes de septiembre, el horizonte gélido de enero, las súbitas tormentas que descargaban agua y rayos en la desamparada llanura, la bondadosa cara redonda y niña de mi hermano. Pero ahora, después de la lectura de muchos rostros y de muchos libros, después del ajeteo tantas veces inútil de la vida veloz de la brutal y ya cotidiana ciudad, después de haber vivido muchas más cosas de las que entonces hubiera podido soñar, ahora, conforme avanza la forma de mi cara hacia la expresión de la cara de mi padre, llegan de nuevo aquellos cargueiros de mi infancia navegando por la memoria, regresa submarinamente como por los veneros de los años aquella época terrenal y profunda que alguna vez supuse transitoria, y comprendo de pronto que de entre mil balidos de mil cabras distintas, hoy, ahora mismo, posiblemente reconocería el balido de la «Leona». Tal vez jamás volveré a ordeñar una cabra, quizá nunca más lleven mis camisas el olor a pesebre, hasta es posible que ya no sepa diferenciar un cebadal de un sembradío de centeno o de avena a más de cincuenta metros de distancia, y puede que el olor del viento ya no me diga la hora aproximada en que va a alcanzarme la lluvia; pero, después de muchos años en que aquellos sucesos permanecieron en esa habitación oscura a la que

prematuramente le llamamos olvido, puedo hoy con los ojos cerrados ver las barbas del macho, el pantalón zurcido de mi hermano (que ahora tiene cuarenta y ocho años y dos hijos y, por entonces, tenía siete años y una naranja y a veces un cantero de pan) y puedo ver el barniz viejo de la puerta de mi casa, una puerta que ya no existe; puedo escuchar el sonido de la rumia en la noche, y puedo ver el cigarrillo que fumaba mi padre en el patio, pausadamente, mientras mi madre hacía sonar la cacerola y las cucharas; todo lento, como en un sueño, como si el tiempo aquel fuera una cabra y yo estuviera ordeñando su leche sonora entre el silencio misterioso de mi infancia y mi pubertad. Puedo ver las cabras pariendo al caer la tarde, los chotos pugnando por tenerse en pie mientras sus madres les lamían las materias gelatinosas de la placenta; puedo advertir, en fin, que nada sustancial termina excepto con la muerte: cuando en nuestras fotografías el tiempo, como famosamente señalara Miguel Hernández, ya se ha puesto amarillo.



«¡Qué tiempo el tiempo!» —escribió Juan Ramón Jiménez con una imprecisión que conlleva una estremecedora elocuencia—. Cuando mi tiempo era todavía adolescente me llegó el brusco asombro, el pertinaz deslumbramiento de la poesía de Miguel Hernández. Para entonces mi padre había vendido la piara (quince o veinte lecheras, el macho y unas chotas) y con ese dinero habíamos comprado dos vacas. Luego, ascendiendo una empinada cuesta de frugalidad y de ahorro, conseguimos comprar una vaca santanderina, de pelo blanco y negro y fino, a la que bautizamos como se merecía: la «Mariposa». Fue la más productora de todas las vacas que tuvimos (que nunca fueron más de tres) y se acabó una tarde, después de varios días de enfermedad y de agonía; veterinarios, curanderos y expertas en el mal de ojo fueron sucesivamente fracasando en su esfuerzo por devolverle la salud. Cuando, ya inexorablemente moribunda, el carnicero vino a degollarla y a pagarnos el peso de su escuálida canal, descubrimos que su enfermedad no habría tenido jamás cura posible: en su estómago apareció una vieja cubierta de bicicleta, que debió de tragarse en el corralón de la casa. Mi madre lloró tres días y veló tres noches, y a partir de ese instante nuestro destino se fue orientando hacia Madrid. Emigró primero mi padre, después yo y luego mis hermanos, hasta que conseguimos un piso para reunirnos todos. Pero en la época que aquí me importa referir, todavía vivía la «Mariposa»; habíamos dejado de ser pastores y ya éramos vaqueros: era como haber ascendido de pinche a oficial de segunda.

Por entonces yo gozaba de la amistad diaria de Eladio Cabañero. Otras veces he escrito cuánto debo a la intuición y al corazón de ese poeta pudorosamente ejemplar, y algún día escribiré con sosiego sobre aquella fundamental etapa de mi formación de escritor. Aquí sólo señalaré que a Cabañero debo la lectura de los clásicos españoles y de algunos de los más decisivos libros de la poesía moderna. A él debo mi primera lectura del pastor de Orihuela. Eladio era albañil, enjuto, y solarmente alegre en